Mis amigos del Opus Dei

Ángel Martín Municio

Presidente de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales

Participan estos renglones de un recordatorio colectivo de una efeméride singular, indudablemente, en la historia de la Iglesia, pero también, a no dudarlo, en la historia social del siglo XX español: el centenario del padre Escrivá de Balaguer. Yo lo voy a hacer muy breve estrujando la memoria de algunos amigos que lo fueron o lo han sido todo, ejemplarmente, para el brillo espiritual como ideal social y de cultura –*remanso de serena y noble inquietud*, diría el padre Escrivá– en las dedicaciones profesionales de cada uno de ellos.

Y, precisamente, los que nos distanciamos de esta fecha en alrededor de un cuarto de siglo, andábamos enzarzados en nuestros difíciles primeros años universitarios cuando hacía una docena de años que el P. Escrivá había fundado el Opus Dei. Eran, por tanto, los comienzos de la década de los 40 cuando a los chicos de aquella sociedad sencilla y recoleta de Salamanca, a los teóricamente «*buenos*» chicos del apostolado universitario de Acción Católica o de las Congregaciones jesuíticas, nos llegaba un impreciso runrún sobre el *Opus*, en una mezcla de proyectos espirituales, referencias de personas, y actividades sociales y políticas.

Al día siguiente de terminar mi carrera universitaria salmantina, mediado el 46, me trasladé a Madrid para llevar a cabo mi tesis doctoral en Ciencias Químicas. Muy pocas otras posibilidades cabían en aquella época, aunque fuera para un modesto cultivo de la ciencia. Y, mientras cursaba las asignaturas preceptivas, entre otras la de Bioquímica en la Facultad de Farmacia, hice mis primeras armas científicas madrileñas bajo el cuidado del Dr. Galarraga, de quien supe después había marchado a Gran Bretaña, para participar en el primer desarrollo y extensión del Opus Dei. Y, durante estos mismos años me reencontré con algunos amigos de mi espléndido bachillerato del Instituto segoviano, entre otros con Andrés Rueda Salaberry –me parece que se escribía así–, que me invitó a acudir a los retiros de la Moncloa. Fue entonces cuando pude observar por primera vez cómo el ambiente de la Residencia parecía traslucir el ideal lingüístico de la actitud cristiana de toda aquella magnífica cosecha de universitarios al tratar –como yo lo escucharía repetidas veces del padre Escrivá– *de hacer endecasílabos con la prosa de cada día.*

Durante aquellos años de la transición entre las décadas de los 40 y los 50 se gestaba la creación de la Universidad de Navarra y, obviamente, la Institución cuidaba con especial esmero los ambientes intelectuales universitarios, potenciales viveros tanto del profesorado de la primera verdadera Universidad de la Iglesia en España, creada en 1952, como de los núcleos de expansión nacional e internacional. No pudieron ser ajenas a las vicisitudes del Opus Dei ni la degradante situación universitaria de la época, ni la creación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, que durante algunas décadas abanderó los esfuerzos de recuperación de la ciencia y la investigación españolas. Y en el conjunto de los planteamientos políticos y científicos, y de los análisis correspondientes que puedan hacerse, sobresalió la figura indiscutible de José María Albareda, Secretario General del Consejo y uno de los hombres más preeminentes de la política científica de aquellos años.

No se había aún ordenado sacerdote cuando Albareda vivía en la Residencia del Consejo, y lo que yo quiero sacar a colación es la maravillosa espiritualidad que rezumaba –los «*endecasílabos*» tan bien encadenados– en las más prosaicas acciones de cada día. Así lo parecían, al menos, aquellas en que, un día tras otro, cuando casi no se había acabado de sentar a almorzar en la mesa colectiva, aunque fueran las tres de la tarde y los demás miembros de la mesa estuvieran ya terminando, y el conserje, una vez

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

tras otra, se le acercaba, *don José María, al teléfono.* Y don José María, imperturbable, dejaba una y otra vez la servilleta sobre la mesa, caminaba los veinte o treinta metros que distaban de la cabina y volvía a reincorporarse a la mesa, algunas veces ya vacía de sus compañeros y siempre con la comida fría; pero nunca con una palabra de disgusto o desagrado, ni siquiera de disculpa para dejar de atender a cada una de las llamadas, por muy impertinentes o molestas que fueran. Quizás este dato no era sino otra expresión de la maravillosa sensibilidad con que, algunos años antes, ordenaba el envío diario de comida caliente a la prisión para mayor confort del asesino de un hermano suyo. Desconozco en qué medida este segundo hecho de la vida de José María Albareda es algo divulgado y conocido; sin embargo, la calidad de amigos comunes que participaron en la materialidad de llevar a cabo este encargo da fe de su realidad.

Algo o mucho tendría que ver la presencia de Albareda en la Facultad de Farmacia en la siembra de núcleos selectos de miembros del Opus Dei en las especialidades científicas que, por entonces, se afincaban preferentemente en ella. A Félix Álvarez de la Vega y a Jesús Larralde, primero en Madrid, luego catedráticos en Santiago de Compostela, y hoy en la Universidad de Navarra, los he seguido en una estupenda relación de amistad y de afecto. Félix, cura del Opus, amigo y pariente, con antepasados comunes en Riaza, con nuestras madres amigas, ha sido siempre un referente ejemplar de esa original coalescencia del trabajo científico y el ejercicio espiritual. La última vez que lo vi, hace un par de años, en Pamplona, fue la primera que lo encontré *«desotanado»*. Recuerdo que mi afecto y amistad me permitieron en otra ocasión reciente recriminarle cariñosamente su antimodernismo; a lo que, aludiendo a su gran flacura, me contestó con la interrogante: *¿tu crees que yo puedo enseñar lo que llevo debajo?*

Y, en este medio siglo de encuentros y de amigos del Opus Dei, he de volver a uno de los recientemente desaparecidos, Ángel Ramos Fernández. No hacía mucho tiempo que lo había conocido, pero el trato fue intenso durante la última media docena de años, tras su ingreso en la Real Academia de Ciencias.

También conjugaba su flacura con una formidable fortaleza de espíritu; y en un acto académico de homenaje y recuerdo, hace ahora dos años, me referí a él de esta manera: *...por encima de todo ello, sobre toda excelencia curricular, aunque posiblemente no pueda desligarse, yo quiero recordar metafóricamente a Ángel Ramos en esta solemne ocasión con la mismísima definición que para «ambiente» diera el famoso Diccionario de Autoridades de la Real Academia Española. Ambiente, dice el diccionario, es el «aire suave que circunda los cuerpos»; y se me antoja la comparación porque, efectivamente, nuestro amigo circundaba también a todos con el aire suave de su exquisita delicadeza; el aire suave de su generosa amistad. Él, que en su discurso de recepción en esta Casa, aseguró que la exaltación de la naturaleza no se basa en la realidad física sino en el espíritu que la anima, nos dejó siempre el ejemplo de su ánimo de espíritu en el trabajo intenso y cordial, arrastrando muchas veces los inconvenientes de la propia naturaleza.*

He sacado a relucir media docena de nombres amigos con los que yo me he topado en mi vida profesional. Tampoco me cabe la menor duda que estos sentimientos que yo he intentado gavillar son parte, la más importante del espíritu de la Obra, y que han contribuido a conformar cristianamente los afanes seculares, que tantísimas veces misionó el Padre Escrivá, a cuyo centenario rendimos homenaje en este libro.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei